

Aprender a educar: experiencias con padres y madres

Lucila Chaves Vidal

Psicóloga. Miembro Colaborador del C. E.A P.

Voy a describir una experiencia de grupos de orientación para padres y madres, enmarcada en un programa del Área Municipal de Educación del Ayuntamiento de Majadahonda: la Asesoría Psicopedagógica.

Este municipio cuenta con recursos psicoeducativos propios desde la creación, en 1983, de un Servicio Psicopedagógico Municipal, que ha desarrollado intervenciones de carácter clínico y educativo.

Aunque las acciones formativas con padres se iniciaron hace ya bastante tiempo, me voy a referir más directamente a las actividades grupales de carácter preventivo desarrolladas en los dos últimos años.

En el ámbito educativo, la prevención implica actuaciones dirigidas a padres, profesores y alumnos, a la escuela y a toda la comunidad, con el objetivo de proporcionar recursos adaptativos personales y socio-ambientales, desde un enfoque psicoeducativo.

El trabajo con padres se fundamenta en la constatación de que si éstos están informados, si se les apoya para que puedan entender los problemas de sus hijos y hacerles frente, se favorece la evolución espontánea del niño, o su progreso en un tratamiento psicoterapéutico.

Mi intervención en grupo con padres responde a un modelo de "grupos formativos" que permitan la reflexión y el debate y faciliten la adquisición de nociones y criterios básicos de actuación en la educación de los hijos.

El objetivo es actuar en lo posible "antes de que los problemas se produzcan". De ahí surgió la idea de un grupo formativo dirigido especialmente a las familias con hijos pequeños (de 0 a 12 años). En enero del año 2000 se inicia esta experiencia de grupos formativos bajo el título *Seminario "Educar en la Infancia"*. La actividad se difunde a través de la prensa local y se hace llegar a los centros educativos. Los orientadores escolares y los profesores, sobre todo los de Educación Infantil, colaboran activamente en la información a los padres.

Los seminarios tienen una duración fija, que se ha establecido en ocho sesiones de dos horas de duración. Se realizan en horario de mañana. Se trabaja con grupos de 15-20 participantes. La inscripción es gratuita. Se programan dos seminarios al año. Generalmente los grupos suelen llenarse y es necesario establecer lista de espera.

Los grupos formativos que he coordinado en los dos últimos años, por sus condicionantes de horario, están formados básicamente por madres, el porcentaje de padres sólo alcanza el 5%. En estos casos no siempre acude la pareja de padres, sino aquel miembro de la misma que dispone de más tiempo.

En la dinámica de los grupos tratamos de integrar a los "padres ausentes" a partir de la reflexión sobre los roles materno y paterno, que a veces van ligados a omnipresencia y ausencia.

Los participantes en los seminarios responden al esquema de "familia tradicional": parejas casadas, con dos hijos y con un nivel social medio. En algún pequeño porcentaje han acudido madres solteras o separadas, y en alguna



ocasión abuelas. En un 40% se trata de madres sin actividad laboral remunerada, el resto trabajan a tiempo parcial, o con horarios flexibles. Las deserciones, aunque se dan, son mínimas.

La coordinación de estos grupos me ha llevado a replantearme el papel del psicólogo como experto, para adoptar un rol más simétrico, de colaborador que anima el proceso de aprendizaje y cambio, desde una perspectiva menos técnica y rígida. Intento asumir así una relación complementaria y flexible.

M. Utrilla describe muy claramente la actitud del especialista que se propone ayudar a los padres:

El especialista debe sentir y no solamente comprender; poner su capacidad creadora al servicio del descubrimiento y no juzgar; poner sus conocimientos al servicio de los padres, para que ellos mismos encuentren las respuestas más adecuadas. (M. Utrilla, 1995:41).

Se intenta favorecer un clima grupal de complicidad y aceptación que facilite al máximo el diálogo. Se señala explícitamente que no se trata de un grupo terapéutico, pero las dudas o problemas que expresan los participantes pueden tomarse como ejemplo, y trabajar sobre ellos.

Me propongo como objetivo: "transmitir a los padres y madres conocimientos prácticos que hagan más fácil la tarea de educar". Con esto se sitúa la tarea del grupo en un proceso dinámico de enseñanza-aprendizaje.

En mi experiencia, presentar la educación de los hijos como "tarea" ejerce un efecto tranquilizador, genera la expectativa positiva de que siempre se puede mejorar, aprendiendo incluso de los propios errores.

Por otra parte, la creación de espacios grupales de reflexión e intercambio constituye una aportación muy valiosa para los participantes, ya que el grupo permite compartir experiencias, aporta sugerencias y ayuda a canalizar ansiedades.

Teniendo en cuenta las limitaciones que plantean este tipo de grupos, también se ofrece a los padres la posibilidad de asesoramiento individual. Se les sugiere que, si lo consideran necesario, consulten una vez finalizada la experiencia grupal.

Los temas abordados en los seminarios han sido elegidos a partir de la experiencia previa de orientación y asesoramiento a padres y madres, a nivel individual y en encuadres grupales. Abordamos cuatro grandes temas:

- Psicología evolutiva.
- Comunicación.
- Límites
- Autoestima.

Se intenta que la metodología sea participativa. Se dispone de un espacio que permite que los asistentes se coloquen en círculo o que trabajen en pequeños grupos para después poner en común sus conclusiones.

La metodología empleada consiste en presentaciones sencillas, apoyadas con medios audiovisuales (proyección de transparencias) y seguidas de debate. La



exposición de contenidos sirve para plantear interrogantes, sugerir ideas, reflexionar y abrir así paso a la discusión grupal.

En las sesiones de grupo dedicadas a la comunicación se introduce como recurso metodológico el *role-playing*, que constituye un instrumento de aprendizaje y de solución de conflictos a partir de la representación de escenas ("sketchs") en los que se representan diversos roles familiares.

Estas sesiones exigen una programación y coordinación muy cuidadosas, elegir bien las escenas y las consignas, etc. Un manejo adecuado de la técnica permite "romper el hielo", y pasar de un momento inicial de retraimiento a una participación más distendida, que facilita un aprendizaje más directo y vivencial.

El "método de los casos" se ha revelado muy útil en estos programas formativos con padres. El estudio de situaciones problemáticas concretas es capaz de

...provocar una toma de conciencia exacta y justa de la situación; después, una conceptualización "experiencial", y, finalmente, una búsqueda de las soluciones eficaces. (R. Muchielli, 1970:138)

Esta técnica facilita la reflexión y el aprendizaje práctico. Sirve para identificar los problemas y situarlos en su contexto, así como para obtener directrices para abordar las situaciones y conflictos reales que surgen en la educación de los hijos. Se emplea especialmente cuando trabajamos *normas y límites*.

La primera sesión del seminario se inicia con una breve exposición de los objetivos del grupo, la presentación de los participantes y una "rueda de expectativas". A continuación se pasa a trabajar sobre unas nociones básicas de **psicología evolutiva**, destacando especialmente el desarrollo emocional del niño, y poniéndolo en relación con el ambiente y el contexto familiar. Se dedica especial atención a los primeros años de vida y a las primeras experiencias de las madres con los bebés.

Me interesa destacar la idea de que el desarrollo infantil se caracteriza por el paso de una dependencia extrema a una progresiva independencia. Con este propósito, señalo que los logros de los primeros años (la autonomía motora, el lenguaje y la función simbólica, etc.) constituyen un avance en la independencia del niño, que empieza a establecer una relación menos asimétrica con el adulto.

Los comentarios de las madres hacen entonces referencia a sus sentimientos en relación con la maternidad: "Es tan difícil". "Quieres que crezcan, pero te da pena". "Sientes que tienes que protegerlos".

En estas sesiones iniciales también el grupo aporta datos acerca de dudas y preocupaciones reales: "Mi hijo de 5 años todavía tiene miedo por la noche". "Creo que mis hijas están demasiado pegadas a mí". "¿Las rabietas de los 2 años pueden darse también a los 7?". "Mi hija de tres años se balancea al dormirse. ¿Es eso normal?".

A nivel contratransferencial, la sensación es que, de repente, el grupo se inunda de niños. Niños que lloran, gritan, no se toman la comida, se despiertan en medio de la noche, etc.

Normalmente siento que es necesario calmar esta ansiedad inicial, recogiendo las preocupaciones que expresan los participantes, para trabajar sobre ellas en sesiones posteriores, y señalando algunos criterios de actuación.



En mi experiencia siempre se moviliza mayor ansiedad en relación con los primeros años de los hijos. En la sesión dedicada al siguiente periodo evolutivo, “el niño en edad escolar”, también surgen dudas, pero quizá la carga emocional no es tan fuerte (en esta etapa las preocupaciones más frecuentes hacen referencia a dificultades escolares, timidez, celos entre hermanos, problemas con los amigos, etc.).

En estas sesiones tratamos de resaltar también la importancia de la figura paterna en la educación de los hijos, ya no sólo como modelo de identificación, sino también en el papel de favorecer la progresiva separación madre-hijo, introduciendo así la norma y el límite.

Este es uno de los temas que cala más hondo entre las madres y produce después sus efectos. Algunos padres se han incorporado más tarde a algunas sesiones del seminario. Algunas parejas han pedido posteriormente acudir a entrevistas de orientación.

Me parece necesario transmitir a los padres la importancia de que las pautas educativas sean coherentes, y, desde esa postura aportarles algunas técnicas y recursos prácticos para enfrentar situaciones. Con este objetivo se programan las sesiones de comunicación y límites.

Se trabaja primero sobre conceptos extraídos de la teoría de la **comunicación**, aplicados a situaciones cotidianas: los aspectos verbales y no verbales de la comunicación, los mensajes consistentes e inconsistentes, la escucha activa, etc.

Incorporar la comunicación como tema de trabajo en los grupos permite descubrir la importancia de un estilo directo y afectivo en la relación con los niños. De este modo, los padres pueden dar a sus hijos una imagen más consistente, evitando así la tendencia bastante generalizada que parte de un sentimiento de que no hay que expresar críticas, ni mostrar enfado, ni decir lo que de verdad uno siente.

A partir de aquí se introduce el siguiente tema: afrontar conflictos y establecer **normas**. Usamos como método el “análisis de casos”, basados en situaciones habituales que conecten con las preocupaciones expresadas en el grupo. Se trabaja individualmente y en pequeños grupos, para después hacer una puesta en común. De este modo se analizan situaciones, se proponen alternativas, se establecen criterios, etc.

En mi opinión, los miembros del grupo se benefician mucho unos de otros en estas sesiones prácticas. Hay personas que se cuestionan algunas de sus actitudes educativas o que descubren que hay diferentes modos de afrontar los problemas.

A lo largo del seminario se menciona muchas veces la **autoestima**, en relación con uno mismo o con los hijos. La baja autoestima de los padres se pone en evidencia lo largo del proceso grupal. Muchos de los participantes, sobre todo las madres que tienen hijos con problemas más serios, experimentan sentimientos de baja autoestima, que muchas veces llegan a expresar verbalmente, de ahí que se reserve un espacio a este tema. Las reflexiones que hace M. Utrilla para los padres, en relación precisamente con la culpa, vienen muy bien para este punto:

Un niño con muchos problemas puede transformar la vida de una familia, modificar la organización de todos sus miembros, crear redes complejas de interacciones y complicar su evolución. Nadie tiene la culpa. La creación de un problema depende



de la condensación de situaciones, que en vez de movilizar la dinámica familiar, la paralizan, la desintegran, la destruyen en el peor de los casos. (M. Utrilla, 1985:20).

Para trabajar la autoestima, a veces propongo un recorrido en el que partimos de la necesidad de “prestarse atención a uno mismo” para después llegar a “sentir con el otro” y “desarrollar la capacidad de amar”. Me baso en citas breves de textos de E. Fromm (“Ética y Psicoanálisis” y “El Arte de Amar”). Terminamos con la necesidad de “aceptar las limitaciones”.

Conclusiones

El trabajo en los grupos permite un acercamiento a los problemas cotidianos, a los retos diarios que implica la educación de los hijos, desde una actitud de interés y cooperación.

La motivación para inscribirse a los seminarios suele ir en la línea de adquirir conocimientos prácticos sobre educación que permitan resolver las dudas más habituales. El deseo de compartir experiencias con otras madres también es señalado, sobre todo por las madres más jóvenes.

Lo primero que detectamos en los grupos es una gran inseguridad. Los participantes llegan con muchas dudas y transmiten la sensación de que temen estar haciéndolo mal. (“Quiero orientación sobre cómo llevar las cosas”. “Educar es difícil”. “Tengo muchas dudas”. “No sé si mi estoy pasando”, etc.).

También aparece la ilusión de llegar a ser un “buen padre” o una “buena madre”. En algunos casos lo que más destaca es el sufrimiento frente al problema del hijo, la desilusión, el sentimiento de fracaso y la culpa.

Desde la coordinación del grupo contribuimos a una “desilusión” inicial cuando señalamos que no tenemos recetas mágicas, pero de este modo situamos el trabajo grupal en el análisis y en la reflexión, en la búsqueda creativa de alternativas y soluciones, en la integración de sentimientos y emociones

Los problemas reales sobre los que se incide en todos los grupos se refieren muchas veces a situaciones cotidianas que se convierten en problemáticas: irse a la cama a una hora determinada, las comidas, rabietas, denegar caprichos, los horarios para jugar, estudiar o volver a casa, etc.

Es muy frecuente encontrar que los niños duermen con los padres, o con la madre, desplazando al padre a otra habitación.

Se hace necesario incidir muy directamente en el tema de la autoridad y los límites, que nos lleva a debatir sobre los modelos de conducta que hemos interiorizado a partir de nuestra propia experiencia como hijos.

A veces resulta útil manejar el concepto de “estilos educativos”, muy interesante desde el punto de vista descriptivo. Se diferencian tres modelos de actuación: el estilo *permisivo*, caracterizado por la sobreprotección, la indulgencia y el escaso control; el estilo *autoritario*, en el que predominan la rigidez y la intransigencia; el estilo *democrático*, que combina comprensión y firmeza.

Creo que hay una tendencia predominante, que parte del rechazo manifiesto del estilo autoritario, que sería el transmitido por la generación anterior de padres. De ahí se da un deslizamiento hacia un estilo permisivo, en el que muchos padres quedan instalados porque en un primer momento evita el conflicto. Sin embargo,



de este modo se borra la diferencia adulto-niño, se crea una relación ilusoria en la que el adulto, padre o madre, respondería siempre exactamente a lo que demanda el hijo.

A veces en los grupos aparece el argumento de que los niños se pueden traumatizar si no se respeta absolutamente su punto de vista. A partir de la discusión grupal se intenta desmitificar esta supuesta “teoría del trauma”. Debajo subyace otra vez la ilusión de que un niño pueda crecer sin frustraciones, y el temor a ser culpables, a hacerlo mal y “dañar” al hijo.

Además, en el tema de los límites, la teoría y la práctica son contradictorias. Los mismos padres que cuestionan el ejercicio de la autoridad acaban por reconocer que en la vida diaria el recurso habitual son los gritos, amenazas, chantajes emocionales, o incluso el castigo físico.

En relación con las normas a veces se tiene la sensación de que no hay un adulto y un niño, sino dos niños.

Un autor que ha trabajado mucho la conexión entre psicoanálisis y educación, L. de Lajonquière, considera que la relación actual del adulto frente al niño está mediatizada por el miedo a “estropear”, a actuar contra la naturaleza. Nos habla así de adultos avergonzados, que no sienten “que tengan algo que apuntar a sus descendientes”.

Ese sentimiento de impotencia se relaciona al hecho de que el adulto no es aquello que debería a su vez haber sido para sus propios padres. Obviamente, el tamaño de esa vergüenza es la grandeza de una neurosis. (L. de Lajonquière, 2000:45).

Al final de cada seminario un interrogante que surge es valorar qué efecto beneficioso provoca la experiencia grupal en los participantes.

Desde la coordinación se intenta aportar a los padres ciertos criterios. No se dejan todas las posibilidades abiertas. La intención es ofrecer un punto de vista objetivo, pero en mi experiencia eso implica a veces tomar partido o definirse. En nuestro caso, señalamos siempre dos aspectos: la necesidad de adoptar una actitud reflexiva, que implica tomar conciencia del rol de padre o madre, pensar sobre lo que uno hace y buscar alternativas, y la importancia de las normas y límites en la educación de los niños.

Se pueden rescatar los siguientes aspectos positivos: el grupo favorece un sentimiento de seguridad, al aportar sugerencias y criterios de actuación; constituye un medio para intercambiar y establecer comparaciones, que anima a ensayar modelos diferentes de comportamiento; desarrolla sentimientos positivos, por el clima de aceptación y reconocimiento.

También se comprueba que, a partir de la interacción grupal se facilitan algunos procesos de toma de conciencia.

En las consultas individuales posteriores al seminario se observa una característica común: los padres llegan preguntándose cómo solucionar algo que les preocupa de su hijo, desde una actitud en la que no es tan importante el señalamiento del niño como problema, sino que se pone el acento en el contexto y en la relación.

Podemos citar los siguientes ejemplos de consultas relacionadas con el último de los seminarios:



Una madre planteó cómo hacer frente a una reacción de miedo nocturno de su hija de 7 años, que surgió a raíz de una enfermedad y posterior intervención quirúrgica de la madre, despertando en la niña temores de pérdida, muerte y separación. La madre pudo abordar el problema con la hija y restituir en ella la confianza. La niña progresivamente retomó sus rituales para irse a dormir, incluyendo durante algún tiempo su viejo muñeco preferido.

Otra madre consultó, meses después de finalizar el grupo, para hablar sobre su actitud con su hija de 10 años, reconociendo que le pegaba. Pudo darse cuenta de que ciertas reacciones de la niña, como decir mentiras y mostrarse con ella distante, tenían que ver con la situación creada. La reacción de la hija acentuaba la respuesta agresiva de la madre.

Una pareja solicitó una entrevista para valorar las dificultades que les estaba creando la situación laboral del padre, que pasaba la semana fuera de casa y regresaba los fines de semana. El hijo menor, de 5 años, presentaba un síntoma enurético. Ambos hermanos, niño y niña, dormían con la madre alternativamente, retornando a su cuarto los fines de semana. El síntoma del niño tenía diversas lecturas, pero se reveló rápidamente que la madre se sentía muy sola. Mantener en ese lugar al niño pequeño creaba un vínculo especial madre-niño, en el que éste no terminaba de separarse del todo, manteniéndose en una situación en la que él estaba “tranquilo” y el síntoma “no importaba nada”.

Unos padres separados, con una mala relación entre ellos y un vínculo madre-hijo muy problemático, consultaron, derivados por la profesora, para abordar las dificultades de atención y concentración del niño. La madre realizaba un control muy rígido sobre el hijo, que expresaba con la frase “yo siempre voy por delante”. Además, ella era osteópata y se encargaba personalmente del tratamiento rehabilitador del niño, que presentaba una escoliosis. La rehabilitación incluía también gimnasia y patinaje, entre otras actividades. Al inicio de la consulta, la madre pidió inscribirse en un grupo que se iniciaba en ese momento. Paradójicamente, aunque ella parecía buscar una confirmación de lo adecuado de su actitud, la experiencia grupal le permitió ver que quizá era excesivamente controladora. A partir de este reconocimiento se pudo iniciar un abordaje con los padres, que les fue preparando para aceptar una posterior indicación terapéutica.

Creo que estos efectos positivos están directamente relacionados con un planteamiento central de los seminarios: la comprensión de los conflictos infantiles a partir de un enfoque en el que se apela a una causalidad circular, evitando señalar un responsable o un culpable. En mi opinión, trasladar este principio a las entrevistas de padres suele resultar rentable en términos terapéuticos.

En las evaluaciones escritas, se destaca especialmente el valor positivo de la experiencia grupal compartida. Los temas relacionados con la autoridad y la comunicación son los que suelen despertar mayor interés. Nos parece que, en general, los asistentes se van con un sentimiento más esperanzado, con la idea de que quizá educar no sea un ideal imposible.



Referencias bibliográficas

- Ancelin A.** (1979): *Introducción al "role-playing"*. Madrid, Marova.
- Bléandonu, G.** (2000): *Las consultas terapéuticas padres-hijos*. Madrid, Síntesis.
- Jiménez, R.A. y Porras, R.** (1997): *Modelos de acción psicopedagógica. Entre el deseo y la realidad*. Málaga, Aljibe.
- Lajonquière, L. de** (2000): *Infancia e Ilusión (Psico)Pedagógica*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Muchielli, R.** (1970): *El método del caso*. Madrid, Ibérico Europea.
- Utrilla, M.** (1985): *¿Son los padres culpables?*. Madrid, Narcea

